

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Ille in quavis conditione servitii liber est, qui amore non capitur, avaritiæ vinculis non tenetur; metu criminis non alligatur; qui securus expectat præsentia; quem non terrent futura.* S. Ambr. de S. Joseph.

*Est sapienti servire libertas; ex quo colligitur quod stulto imperare servitus est.* S. Hieron. in ep. ad Simplic.

*Bonus, etiam si servit, liber est; malus autem, etsi regnet, servus est, nec est unius hominis; sed quod gravius est, tot dominorum, quod viciorum.* S. Aug. lib. 4 de civ. Dei.

*Quem delectat vera libertas, ab amore rerum mutabilium liber esse appetat: et quem regnare delectat, uni omnium regnatori Deo subjectus sit, plus eum diligendo, quam semetipsum.* Idem, de vera Relig.

*Prima libertas voluntatis erat, posse non peccare, novissima erit multo magis non posse peccare... Prima erat perseverantiæ potestas, bonum posse non deserere; novissima erit perseverantiæ felicitas, bonum non posse deserere.* Idem, de correct. et gratia.

En cualquier estado de servidumbre será libre el hombre, que no se deje seducir por un amor profano, ni por el cebo de las riquezas; pues no sirve por miedo al pecado el que pasa con segura resignación lo presente, y no teme lo futuro.

Por lo mismo que es libertad el servir á un varon prudente; puede decirse que es esclavitud el mandar á un necio.

El hombre de bien es libre, aunque sirva á otros; pero el hombre malo, aún cuando obtenga mando, es esclavo, y no de un señor solo, sinó, lo que es peor, de tantos señores, cuantos son los vicios que le dominan.

El que se complace en tener libertad verdadera, debe desasirse del amor á las cosas perecederas; y el que desee reinar, debe someterse á Dios único rey de todo lo criado, amándole más que á sí propio.

La condicion primera de nuestra libertad consistió en que podíamos no pecar; la última (en el cielo) consistirá en que no podremos pecar... Aquella nos concedia la facultad de la perseverancia, esto es, la facultad de no apartarnos del bien; mas la felicidad ó fruto de la perseverancia, consistirá en la imposibilidad de apartarnos jamás del bien.

*Liber est æstimandus, qui nulli turpitudini servit.* S. Bernard. de libero arbtr. El que no es esclavo de ninguna pasion, es verdaderamente libre.

## LIBROS.

## I.

*Legite librum istum.*  
Leed este libro.

(BARUCH. 1, 14.)

Los apóstoles, para convertir á las naciones, les entregaron un libro, que, pasando de mano en mano, ablandó sus corazones. Este libro admirable era el Crucificado. ¿Quién podia pensar, hijos míos, que del estudio de un Crucificado habia de depender la sabiduría de los filósofos, la política de los monarcas, y la felicidad de todo el género humano? ¿Que cuando Roma, hecha señora del mundo, no respiraba más que grandeza y victorias; cuando las escuelas de Grecia solamente aplaudian los escritos de Epicuro y Zenon, entónces, al descubrirse este libro, habia de desbaratarse de repente la gran máquina que tenian construida las pasiones? ¿Que al orgullo de los filósofos habia de sustituir la humildad de los cristianos, la afabilidad y mansedumbre al despotismo de los grandes, y la pureza y santidad de las costumbres á la corrupcion envejecida de los pueblos?... Y ¡ojalá, que el universo hubiera quedado para siempre en posesion de este divino volumen! Entónces no tendria la Iglesia que llorar tantas y tan dolorosas pérdidas, ni el mundo tantos horrores que lo trastornan; y nosotros, gozando de una paz bella, seríamos felices adoradores del verdadero Dios en espíritu y en verdad. Veneramos, Señor, vuestros juicios. Permitisteis que hubiese en todos tiempos escritores malvados, que impugnasen el libro del Crucificado: su multitud ha llegado á tal extremo, que vos solo podeis extirparlos. Toda Europa cuenta hoy por millares los discípulos perversísimos de Celso y de Porfirio: toda Europa está inundada de libros que atacan la religion y la moral de Jesucristo: toda Europa fermenta, y al parecer está muy próxima á ser rebelde á su Dios; pero, estoy seguro, hermanos míos, que

los pastos envenenados no son alimento vuestro, y que aún cuando los demás se hallasen inficionados de doctrinas impías, vosotros no abandonaréis jamás la creencia de vuestros padres. Permitidme, sin embargo, que para precaver todo daño, esta mañana os hable acerca de la lectura de los libros. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La pasión de leer ha degenerado hoy en una especie de furor; hasta las mujeres quieren distinguirse en ella, dejándose ver frecuentemente con algún libro en la mano. Al cabo, ellas oyen decir á sus amantes, que es necesario instruirse, cultivar el talento y adquirir luces. Está muy bien; pero ¿con qué libros?... ¡Ah! la serpiente que quiso erudita á Eva, no la quiso instruida sino para su daño y el de sus hijos. Las mujeres de otros tiempos leían ménos ciertamente: pero, no me podeis negar, que con ménos lectura fueron muchas más las hijas modestas, las esposas cristianas y las buenas madres de familia: se leía ménos; pero habia más religion y más temor de Dios. No os persuadais por eso, que yo soy enemigo de los libros y de su lectura. Leed todos enhorabuena; mas, permitid que os explique dos vicios, que, en la materia presente, son la deshonor de nuestro siglo. El primero es la grandísima superficialidad con que se tratan las materias sobre que se escribe. Ahora se quiere ser sábio sin molestia ni trabajo; de donde resulta, que salen innumerables libros llenos de noticias superficiales, y así ahorran á sus lectores la meditacion y la fatiga. ¿Quién lo duda? ¿No vemos reducidas hoy todas las ciencias á unos simples diccionarios? Este es un medio fácil y breve de formar á poca costa literatos á millares; pero, literatos que nada saben; y aún no es esto lo peor.

No basta que los libros dispensen á sus lectores de una aplicación seria; se apetece además en ellos, la amenidad, la diversion, el gusto, y en esto está el segundo vicio. Los autores, aún tratando los argumentos más serios é interesantes, han de adoptar aquella sal, aquella graciosa agudeza y estilo bufon, con que se acostumbra á disfrazar hoy las pasiones más vergonzosas: en fin, es necesario que el que lee, se ria y se divierta al propio tiempo que estudia. De estos dos vicios han usado oportunamente los escritores impíos, para introducir en el corazón de sus lectores la incredulidad y la licencia. Hé aquí la Europa llena de libros, cuya solidez y razonamiento consiste en el chiste y buen estilo; y lo que es más doloroso, ved la Europa manando libros, que hacen reír á costa de la religion y de la moral. Los unos atacan los misterios revelados, para que, á consecuencia, de-

caigan las leyes del bien obrar: los otros, sin cuidar de los misterios, se dirigen directamente contra las buenas costumbres. Cierta aire de sencillez y franqueza, expresiones halagüeñas, celo aparente de la felicidad humana, dudas esparcidas á propósito, declamaciones patéticas contra el sacerdocio, graciosidades picantes, expresiones satíricas, cuentecillos agradables, forman la tela de estos escritos. Todos se apresuran á leerlos, ó por amor á la novedad, ó por tomar el baño del bello gusto: beben incautamente el veneno, y no acabaron de leerlos, cuando ya acabaron de ser timoratos y cristianos.

Es constante que un libro bueno podrá formar algún santo; pero un libro malo formará millares de incrédulos y licenciosos. La razón, hermanos míos, es muy clara. Los libros buenos humillan nuestro entendimiento, y sujetan nuestras desarregladas pasiones: los libros malos fomentan nuestro orgullo y rompen el freno de nuestros apetitos. Los libros malos están de acuerdo con los enemigos que tenemos dentro de nosotros; y la profunda ignorancia de la religion que profesamos, nos hace mirar como argumentos invencibles las más necias y débiles objeciones. El deseo vivísimo que tenemos de encontrar un pretexto para pecar sin remordimiento, no exige mucha lógica para convencer y persuadir. Nos es intolerable un Miqueas, porque nos dice las verdades amargas; al paso que un profeta, que divulgue mentiras agradables, será siempre grato á un corazón estragado y corrompido. Con la lectura de estos malos escritos quedan también fácilmente seducidos aún los mismos timoratos. Pero ¿qué necesidad tenemos de ejemplos antiguos y extranjeros?

¿Cuántos jóvenes de una índole feliz y bella, criados con la leche de la religion más pura, dóciles al Evangelio y al Decálogo, obedientes á sus padres, asistentes á los ejercicios de piedad, cuya serie y tenor de vida prometían apoyo y decoro á sus familias, adorno y defensa á la Iglesia, y los más útiles y gloriosos ministerios al soberano y á la patria, quedaron repentinamente trastornados? El desenfreno, la libertad, la licencia y las máximas perversas que respiran tales libros, borrarón en ellos hasta las primeras ideas; y desde entonces no fueron otra cosa que una cruz para sus padres, un tormento para sus parientes, una pena para sus amigos, un escándalo para el pueblo, y unos miembros inútiles y perniciosos para la religion y el estado.

¿Cuántas doncellas educadas en el regazo del pudor y de la modestia, llenas del temor santo de Dios, que anunciaban á la sociedad serian con el tiempo esposas fieles, madres cristianas, ejemplares y dechados de virtud; se mudaron de improviso, y no respiran ya otra

cosa que delicadeza y sensualidad! Soltaron las riendas de la modestia, y pudor, é introdujeron en sus mismas casas el desórden, la desesperacion de los maridos, la disipacion de los patrimonios, y la ruina moral de sus hijos. La lectura de un libro fué la causa de una mudanza tan extraña: uno de estos libros impíos las sedujo. Comenzaron á leerlo con zozobra, se horrorizaron de las máximas perversas que encontraron, y muchas veces sintieron impulsos de cerrarlo y arrojarlo; mas, como eran allí lisonjeados los sentidos, éstos prevalecieron sobre los estímulos de la conciencia. Continuaron leyendo, y con su lectura quedaron debilitados y ofuscados: ya no miran sino como sueños los juicios divinos. Un espíritu de deslumbramiento los domina: están embriagados y aletargados en términos, que no conocen á Dios, ni sienten su mal estado: pecan, pero sin escrúpulo: se acuerdan de haber pecado, pero sin dolor: recaen sin remordimiento, perseveran tranquilos, y muerén sin arrepentirse. ¿Acaso es esto una mera imaginacion mia? ¿Cuántos y cuántas, si pudieran alzar el dedo en esta hora, nos darian testimonio de la verdad que os predico, por lo que han visto en otros, y quizá tambien por lo que en sí mismos han experimentado! Despues de haber destruido los principios de la religion y de la moral en tantas almas inocentes; despues de haber aniquilado el santo temor de Dios, erigiendo en su corazon el trono de la impiedad; despues de haber violado la promesa que hicieron en el bautismo, y borrado la insignia de Jesucristo; despues de tantos crímenes, decid ahora, descarados escritores, que los libros no causan daño ni provecho. Una funesta y cotidiana experiencia depone y siempre depondrá contra vosotros.

De aquí es, hijos míos, que yo siempre fui constante y firme en el parecer, de que todas las sociedades, así religiosas como civiles, deben oponerse á los libros malos y á los pésimos autores que los componen; la Iglesia y el imperio, igualmente, deben proscribirlos, como nocivos en alto grado á la religion y al estado. No obstante, se elogian en nuestro siglo, y yo no puedo negaros, que se han hecho considerables progresos en algunas ciencias naturales; pero, en aquellas más necesarias que perfeccionan al alma... ¡ah! no hubo jamás siglo tan ignorante, ni más corrompido que el nuestro; mas, entre tantas plumas adulatoras, que le llaman siglo ilustrado, filosófico, siglo de los bellos sentimientos, vea á lo ménos nuestra posteridad, que hubo una, que supiese discernir entre lo bueno y lo malo, y manifestarlo con entera libertad. El ningun respeto que se tiene á las verdades de fé, el sumo desprecio con que se trata á los ministros del santuario, el insultante modo con que se habla de la Iglesia y de su

autoridad, el menosprecio de las prácticas y ejercicios de religion, el abandono de los santos sacramentos, la escasa asistencia á la palabra divina, la inclinacion vehemente á cualquiera novedad que se oponga al cristianismo, la relajacion de costumbres hecha hoy dia sistema; últimamente, un plan general de independencian, de incredulidad y de desprecio de la religion de Jesucristo, son un cúmulo de cosas que sorprende á cualquiera que lo observa, y que nunca se vió en alguno de los siglos de la Iglesia, ni aún en aquellos que llamamos siglos de tinieblas. ¿Y de dónde proviene esto?... De esa nube de libros infames, que ántes nos venian de más allá de los montes, y hoy ya se escriben y se imprimen en todas partes, notándose aún entre los mismos católicos un prurito extraordinario de leerlos, un furor nunca observado por publicarlos y extenderlos, y un desconocido fanatismo por protegerlos. De aquí es, que peligra la religion y la buena moral. ¿Y qué ventaja puede resultar de esto á los gobiernos políticos y civiles?

2. Bien lo vemos, hermanos míos. Las terribles y frecuentes convulsiones que estamos observando en todas partes; esa especie de mania, que hoy agita al género humano para sustraerse hasta del yugo más necesario y dulce; el sistema quimérico de una igualdad absurda que se procura introducir en las sociedades políticas; los derechos del hombre mal entendidos y peor explicados, de lo que se está abusando para abrir las puertas á una funesta anarquía; tronos vacilantes ó arruinados; pueblos sin freno que se despedazan como fieras, y á veces, bajo el especioso pretexto de una regeneracion á mejor estado, se destruyen: una libertad imaginaria, cuyo paradero es la crueldad y los delitos más enormes... ved aquí los amarguísimos frutos de esta multitud de libros, que se dejaron pasar impunemente por las manos de todos. Por medio de semejantes escritos procuró la impiedad humillar á la Iglesia, abatiendo aquel poder con que reinaba sobre las conciencias, sin advertir, que su autoridad está enlazada de un modo inseparable con la autoridad civil. La herida de aquélla ha sido el golpe mortal para ésta. Bien lo conocia la misma Iglesia cuando, condenando aquellos libros que contenian doctrinas perniciosas, imploraba el brazo de los principes para que, á lo ménos, los exterminasen de sus estados. Entónces levantaron los incrédulos el grito, censurando el proceder de la Iglesia, y alegando que queria sostener en los pueblos la ignorancia, establecer el despotismo del sacerdocio, tener oprimidos los ingenios, y atarlos al altar como á un carro de solemne triunfo. Pero, la experiencia nos ha hecho conocer ya claramente, que el único objeto de la Iglesia era la pureza de sus dogmas,

la integridad de costumbres, la seguridad de los gobiernos, la tranquilidad de los súbditos y la paz universal del mundo. Veía la Iglesia, que los intereses del culto estaban estrechísimamente unidos con los de los soberanos y pueblos. No fué oída. ¿Y quién podrá, amados oyentes, decirme, si esto mismo fué lo que acarreó el castigo terrible de la justicia divina sobre los enemigos de su Esposa?

Un espíritu de alucinamiento se apoderó de los mayores políticos, en cuyas manos existía el destino de los reinos. Cegaron en la luz del mediodía; y entre una furia de contradicciones, fabricaron la ruina de los pueblos y de los soberanos. Hablemos con ingenuidad, hermanos míos, y hablemos claro. La adulación soltó los diques para ensalzar aún á los mejores príncipes y amantes más tiernos de sus súbditos; y por una contradicción inconcebible, permitió que se imprimiesen libros al mismo tiempo, y se enseñasen doctrinas las más á propósito para excitar á los pueblos á la sedición, á no obedecer ni al príncipe ni á la ley, y á no conocer otras leyes que las pasiones y la fuerza. Primera contradicción, y primer paso de obcecación. Se advirtieron después algunos abusos. ¿De dónde nacían estos abusos? De la frialdad y tibieza en el servicio del Señor, de la falta de religión y respeto á la Iglesia: así que, restablecer la religión, defender la autoridad de la Iglesia, y proteger la observancia de sus leyes, bastaba para extirparlos; pero se hizo todo lo contrario. Se promulgaron decretos, y se imprimieron escritos dirigidos á desprestigiar la religión; y para curar, como decían, la llaga, aplicaron el peor de todos los remedios, que es la muerte. Segunda contradicción, y segundo golpe de la justicia divina contra los falsos políticos de nuestro siglo.

Tales fueron las resultas de la doctrina de aquellos libros que tanto recomendaban los impíos, diciendo, que contenían grandes verdades: verdades grandes sobre los derechos del hombre, sobre los primitivos deberes, tanto de los súbditos como de los soberanos. Aún cuando fuese esto así, preguntó, ¿no fué una grande ceguedad poner estas verdades, aún á la vista de aquellos que naturalmente no podían ménos de abusar de ellas? La luz demasiado viva, presentada de lleno á unos ojos débiles ó enfermos, les quita la poca vista que tienen: así, pues, hay ciertas verdades, las cuales entendidas de los pueblos, solo sirven de fermento para ponerlos en agitación, hacerlos delirar, y conducirlos á cometer las más extravagantes locuras.

Pero, el atacar y querer destruir toda autoridad superior sobre la prohibición de libros, fué sin duda el más terrible y último golpe de su ceguedad y alucinamiento. No bastaba la propensión natural del

hombre á todo lo que le está prohibido. Los impíos creyeron necesario extender doctrinas que adormeciesen las conciencias, sofocasen los remordimientos, é infundiesen seguridad en medio de la trasgresión de las leyes. Tal libro está prohibido: no importa, decían, por lo mismo se ha de leer. Si el libro está prohibido es, porque contiene algunas cosas raras y extrañas; y por lo mismo, hallaremos en él noticias nuevas y extraordinarias. Cada día se vende á mayor precio, y se hacen muy raros sus ejemplares. Con esto se enardecen los deseos de adquirirlo, y no se para hasta hallarlo y leerlo. Su lectura manifiesta la ignorancia y barbárie de su autor, y aún la grande y grosera impiedad de su doctrina; pero, eso no importa, dicen los que tuvieron la vana y culpable satisfacción de encontrarlo. No importa, al fin, tenemos el gusto de poder decir en una conversacion de semi-sábios que lo hemos leído. Este gran prurito de leer un libro por lo mismo que está prohibido, no conoce regularmente otro origen que un espíritu de independencia y orgullo, que manifiesta la audacia del hombre en cometer un delito de rebelion, al propio tiempo que se jacta de hacer un acto de libertad. Para justificar este orgullo, han tomado algunos filósofos la pluma, y sostenido públicamente con ella, que ninguna potestad tiene autoridad suficiente para prohibir la lectura de un libro, porque la libertad de imprimir y de leer es un derecho inviolable de las naciones: añadiendo, que la prohibición de los libros es madre de la ignorancia y barbárie; un yugo de hierro muy á propósito para domar los ingenios y oscurecerlos, para que no den un paso en el dilatado camino de los conocimientos útiles; una tiranía imperdonable, la cual priva al hombre de la libertad natural de hablar y de escribir todo lo que piensa. Ved aquí cómo se explican estos filósofos, queriendo persuadirnos, que es un derecho inviolable de las naciones, y un principio de sana y verdadera libertad para hacer grandes progresos en la literatura, la permission de que los ingenios extiendan impunemente las lecciones de la más vergonzosa obscenidad, que procuren rebelar los pueblos contra sus soberanos, ciudadanos contra ciudadanos, y seguir doctrinas tan detestables contra las leyes divinas y humanas. ¿En qué pueblos, en qué naciones fueron jamás adoptadas semejantes máximas?

Vosotros, hermanos míos, no os dejéis arrastrar de tan perversas doctrinas. Seguid el ejemplo de vuestros padres, quienes en la elección y lectura de libros escucharon la voz del pastor supremo de la Iglesia, guardaron incorrupta su creencia, y la transmitieron á vosotros con toda su pureza. Oireis decir con frecuencia: *Leed tal libro porque es bueno; verdad es, que está prohibido, pero, no hay*

*motivo para ello.* Así habló á nuestra madre Eva la serpiente, y la engañó. ¿Quiénes son estos que así hablan, y así se instituyen jueces de los oráculos de la Iglesia y del Sumo Pontífice que la gobierna? Si está prohibido el libro, es un pecado de verdadera desobediencia violar con su lectura esa ley que lo prohíbe. La prohibieron injustamente, dicen los licenciosos. ¡ Ah! ciegos y malignos censores, cristianos solo de nombre! La Iglesia jamás prohíbe libro alguno sin tener graves y poderosas razones. ¿ Y qué busca la Iglesia en la prohibición de éstos? No busca ni se propone otro fin, que la seguridad de vuestras conciencias, la inocencia de vuestros hijos, y sostener en las familias y en todas las sociedades el buen orden.

¡ Ah, hermanos míos! ¿ os faltan por ventura libros útiles y buenos con que podais ser doctos y buenos cristianos? Un libro solo quiero yo dejaros en este día, cuya lectura ha formado grandes hombres, y al propio tiempo grandes santos. El libro es este divino Señor crucificado, libro escrito por dentro y por fuera: por dentro, con caracteres de caridad; por fuera, con caracteres de sangre. Leed enhorabuena aquellos libros que puedan haceros eruditos y famosos en las ciencias útiles, con tal que no os los prohíba la Iglesia; y si veis que los repugna, guardad la sumisión y respeto debido; no los leais sin obtener ántes las licencias necesarias, y aún al leerlos con este permiso, debeis volver con frecuencia vuestros ojos á este libro del Crucificado. ¡ Feliz el cristiano, que no conoce ni lee otro libro que á Jesús crucificado! Aún cuando no leyeseis otro, hallariais en éste todo lo necesario para vivir bien y morir con tranquilidad; y esto es todo el hombre. Hallariais también en él la vanidad inútil de una filosofía soberbia, y la solidez verdadera de la cristiana moral: hallariais, finalmente, luz para disipar las tinieblas de la ignorancia y de vuestro entendimiento, fuerza y vigor para sujetar las pasiones del corazón, y, en una palabra, toda la economía y buen orden de una vida religiosa y civil. Este libro solo formó á millares los héroes de la virtud verdadera. Por este libro solo hemos de ser preguntados en aquel amargo y terrible día, en que se decida la causa de nuestra felicidad, ó nuestra perdición eterna. No se nos hará cargo ni preguntará si fuimos grandes filósofos, sino, si hemos sido buenos y verdaderos cristianos. ¡ Oh amado Jesús mío! sed nuestro libro perenne: hacednos gustar los alimentos saludables de la doctrina y ejemplo que dan vigor al espíritu; para que, de esta suerte, se hallen grabados nuestros nombres en aquel libro, en que están escritos los hijos de vuestra misericordia por toda la eternidad. Amen.

---

## LIBROS.

---

### II.

*Mors, et vita in manu lingue.*  
La muerte y la vida están en poder de la lengua.

(Prov. xviii, 21.)

Hay, hermanos míos, una creación del génio moderno, que ha hecho de la palabra el poder supremo de las sociedades humanas: fecunda para el bien ó el mal, ilimitada en su acción, ora destruya ó edifique, esta creación es, á voluntad del hombre, y según se aplique por su conciencia ó por sus pasiones, el mayor beneficio para los pueblos, ó la mayor calamidad. Esta creación moderna es la *prensa*.

Si la prensa está en manos de la probidad, de la sensatez y de la virtud, realizase en el mundo la revolución más dichosa: disípase la ignorancia, caen las preocupaciones, ilústrase la razón pública, florecen las costumbres, y engrandécese la religión con el respeto público... Mas, si la prensa cae en manos de la corrupción y de la impiedad, todo se turba y confunde en el mundo, todas las nociones se oscurecen, rehabilitanse las preocupaciones, extiéndese el error y encárnase en las inteligencias; el talento olvida su misión y conviértese en poder ilimitado del mal... Entonces decaen las costumbres, desaparece la religión, oscurécese la inteligencia, muere la humanidad: *Mors et vita in manu lingue*.

La prensa, hermanos míos, los libros perniciosos y los males que ocasionan, darán materia á mi discurso. Implémos etc. A. M.

1. El mundo está como inundado de un diluvio de libros deístas, excépticos, materialistas, en que se escarnecen los dogmas cristianos, se altera y calumnia la moral divina, y se representa el culto puro y sublime de la Iglesia como una grosera superstición; en que los ministros de Dios son entregados al odio público como impostores y enemigos del género humano. Circulando esos libros en todas partes impunemente, desde hace ochenta años, y devorados por toda clase de lectores, han fundado entre nosotros un verdadero anticristianismo.

Ved cuanto ha menguado la fé en las ciudades y hasta en las aldeas. ¿Cuál es la causa principal? Las malas lecturas, fuente venenosa en donde han bebido los incrédulos de nuestros dias. En ellas han aprendido á juzgar á Dios, á examinar sus obras, á dudar de su existencia, á despreciar é impugnar su revelacion, á blasfemar de su santo nombre. Nadie lee nunca impunemente dia y noche, semanas, meses y años enteros, todas las palabras rebeldes y sarcásticas que el espíritu del hombre ha podido reunir contra las palabras de la fé. Es imposible que esta fé resista á los hábitos de la lectura anticristiana.

¿Habeis considerado nunca, hermanos míos, qué poderoso corruptor es un mal libro?

1.º *Corruptor seductor y agradable*, fruto del talento funesto de algun maestro hábil en el arte de pervertir á los hombres; que no ha omitido cosa alguna para adornarlo de todas las gracias que encantan y cautivan los ánimos, y para armarlo de todos los dardos que causan en los corazones profundas y mortales heridas.

2.º *Corruptor descarado*, que no puede ruborizarse, que no se detendrá en los límites donde se detuviera á veces el hombre más disoluto; que, sin respetar nada, derramará hasta la última gota en el seno del lector el veneno impuro de que está lleno.

3.º *Corruptor, en fin, al que escucha sin vergüenza*; porque, al escucharle, está uno solo consigo mismo; al que se escucha con gusto y durante horas enteras, de dia y de noche, hasta que el contagio que esparce, haya infectado todos los sentidos y llegado á la misma sustancia del alma.

Observad al jóven que acaba de cojer por primera vez uno de esos detestables libros, de esos infucos consejeros mudos. Ved cómo, impaciente por saber mil vergonzosos secretos, corre á encerrarse con aquel preceptor del vicio, para recibir, sin distraccion y sin testigo, las perniciosas lecciones que de él espera!... ¡Desdichado jóven! ¿qué ciencia acabas de adquirir! ¿qué bienes acabas de perder! ¿Quién te devolverá todo lo que te ha arrebatado una lectura de cortos momentos? La habias comenzado inocente, y la acabas pervertido. Ya tienes en tu seno el gérmen de todos los crímenes, el cual se desarrollará y producirá pronto sus frutos. Las pasiones, cuyos primeros sacudimientos estás experimentando, furiosas luego é indomables, te arrastrarán á todos los excesos, y te precipitarán en todos los abismos del desorden. Esas dudas, aún tímidas sobre los principios fundamentales de la moral, se trocarán pronto en un audaz desprecio á todas las reglas de las costumbres; tu razon, ya oscurecida, se sumirá pronto en las más densas tinieblas; ya no distinguirás el bien del mal si-

no por tu amor desenfrenado al mal y tu implacable odio al bien. Así irás de precipicio en precipicio hasta el fondo del abismo, que es, en esta vida, la infamia ó el suicidio, y en la otra la desventura eterna. Ved ahí, hermanos míos, adónde conducen los malos libros.

¿Qué es la vida real, y en qué consiste? Los siglos que fueron, hablaban poco y vivian mucho de ella. El siglo actual habla mucho, pero vive poco de la misma. La vida real es la vida del deber, es la fidelidad de todos los dias y de toda la vida al deber. ¿Qué es, por ejemplo, la vida real para una madre de familia? Es, como nos lo enseña el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios, una mujer fuerte, cuyos ojos, corazon y prevision lo sigan todo en su casa, que es su imperio; una mujer llena de solicitud por su esposo, por sus hijos, por sus criados, y que se llega al umbral de su morada para derramar en las manos del pobre las abundantes limosnas de la caridad.

¿Qué es la vida real para el hombre de negocios, para el jurisconsulto y el magistrado? Estudiar las leyes, profundizar los intereses, medirlos y mantenerlos con una equitativa administracion de justicia.

La vida real es la vida de accion, cada uno en su estado, en su condicion, y esto con constancia, perseverancia y heroismo hasta el fin.

2. ¿No veis, cristianos, que el primero é inevitable efecto de los malos libros es, atentar á la inteligencia nacional de un modo capaz de atajar los progresos de las luces y la dignidad de la razon? Pues bien! yo los acuso en nombre de la razon, de la cual son los más implacables enemigos.

En otro tiempo, decia cierto escritor: Esto es la verdad; y de ahí trataba de establecerla. En el dia los escritores dicen: Ante todo el ruido; y para hacer ruido, dejan la verdad y se lanzan á los sofismas. De modo, que chocar con el buen sentido y con la fé de los siglos, atacar todas las ideas admitidas, luchar, combatir por todas las opiniones más desesperadas, decir despropósitos con talento; ¿no es ese el análisis muy fiel de tantos escritos, famosos desde hace sesenta años?

Sin embargo, la nombradía de un autor propaga esos libros, y con ellos, penetran en la sociedad todos los errores á la vez; destruidas al punto las creencias, abandonanse todas las verdades recibidas por el género humano. Al buen sentido, maestro de la vida humana, sucede la imaginacion, madre fecunda de ilusiones y quimeras. Ya no se piensa; se delira. Un escepticismo desconsolador destierra toda conviccion de los ánimos... Pasen algunos años, y la decadencia intelectual será completa; habrá nacido, por decirlo así, uno como idiotismo público; situacion fatal de una nacion caduca, gastada, y en que